

sujetar las ediciones á una junta de individuos de la ciencia eclesiástica y presidida por el arzobispo de la capital; para que se extendiera el arte de la imprenta propusieron Cano y Cancelada sostener seis huérfanos de la escuela del Hospicio é instruirlos. Esto pasaba cuando acababan de expedir las Cortes la ley de la libertad de imprenta, alegando la facultad individual de los ciudadanos para publicar sus pensamientos é ideas políticas, con lo cual no solamente procuraron poner un freno á la arbitrariedad de los gobernantes, sino proporcionar el medio de ilustrar á la nacion, aunque sujetando aquella facultad á ciertas restricciones, una de las cuales era la censura de una junta en cada provincia, lo que no impidió que tal disposicion sea considerada como un gran paso de la época. Los escritos sobre materias religiosas quedaron sometidos á la prévia censura de los ordinarios eclesiásticos. Venegas eludió la práctica de la ley, pretestando no haber sido nombrada la junta designada para ello. Prohibióse á la vez la entrada á las colonias de los periódicos que en Lóndres escribían Cortes y Blanco, llevando los títulos del «Columbiano» y el «Español,» en defensa del príncipe Godoy y las ideas de independenciam.

Combatida España por todas partes, sostenia una de las mayores tormentas que soportó nacion alguna; no solo veía que las Andalucías se habian perdido, sino que tambien en sus colonias tenia que dominar á Caracas, Buenos-Aires y á Nueva-España, cundiendo por todas partes la creencia de que la Metrópoli ya no saldria del poder de los franceses y que no habia ya en ella gobierno á qué obedecer; nada influian para sostener la integridad del territorio las declaraciones de las Cortes de que los dominios españoles formaban una sola nacion y una sola familia, las excitaciones á la fraternidad y el indulto que dieron desde Octubre de 1810 para los países que despues de haber experimentado conmociones reconocieran la legítima autoridad establecida en la madre patria, entregando todo á un olvido general. Influyó tambien mucho en la decision de las colonias para sublevarse, la exageracion de los franceses acerca de sus fuerzas y triunfos por medio de escritores asalariados que cambiaban los sucesos. El gobierno intruso de José Bonaparte no cesaba de trabajar para ponerse en relacion con el de Nueva-España, y comisionó para ello á D. José María Navarro, á quien ofreció una buena recompensa si cumplia bien su mision; Navarro, que era cuñado de D. Manuel Aleman, ajusticiado en la Habana por haber sido comisario del rey intruso, fué preso y en Ulúa se le formó causa. Tambien los sublevados de Caracas esparcian escritos en favor de la independenciam, habiendo sido quemados en la plaza pública de Veracruz los que dirigieron á Nueva-España, por lo que el Consejo de Regencia dió las gracias al Ayuntamiento del puerto, y tambien dispuso que fueran celebradas procesiones por tres dias, y rogativas implorando la clemencia y proteccion de Dios para reparar las sacrílegas ofensas de sus enemigos. Fué muy raro que mientras por una parte decretaban las Cortes la libertad de imprenta, la Regencia impidiera la entrada al vireinato de periódicos que hablaran de los sucesos de España, si no estaban autorizados por el gobierno, y prohibia tambien la introduccion de proclamas y papeles que trataran de triunfos de los contrarios.

Todo esto era interpretado arbitrariamente por Venegas que hacia insertar en las gacetas cada vez que arribaba un buque á Nueva-España, las noticias que juzgaba convenientes y no dejaba circular ningun papel ultramarino sin prévio exámen del fiscal D. Ambrosio Sagarzurieta, revisor de la Gaceta del gobierno y demas impresos de la capital; habia dado órdenes para vigilar la entrada en todos los puntos á donde los

periódicos pudieran llegar, cuando casi á la vez ofrecia poner en práctica la ley de libertad de imprenta al recibir en Marzo de 1811 los nombramientos para los cinco individuos que habian de componer la junta subalterna de censura, siendo presidente de la suprema D. Bernardo Riega; al mismo tiempo que cumplia las disposiciones de las Cortes excitando al clero á impugnar los escritos en favor del opresor de España y ofrecia observar la Constitucion, publicaba su tiránico reglamento de policia y hacia quemar por la mano del verdugo una proclama que le envió D. Luis de Onis, impresa en Madrid, por la cual excitaba José Bonaparte á los americanos á independerse de la Metrópoli, y pasó un ejemplar á los inquisidores para que prohibieran la lectura de dicho documento. Tambien dificultaba el establecimiento de la libertad de imprenta y excitaba sérias desconfianzas cada dia mas, la conducta de los Estados-Unidos cuyos periódicos remitia á Venegas desde Filadelfia el mismo Onis.

La revolucion de Nueva-España apareció con tan fuerte impulso, que Venegas conoció que no podia contenerla por la fuerza y apeló á la literatura, á la ciencia y á la política para que lanzaran anatemas contra lo que el sentido público consideraba necesario y bueno, sintetizado en negar obediencia al gobierno. Algunos diputados á Corte protestaron contra la insurreccion invitados por Venegas, que recurrió á otros medios aunque estériles para el efecto esperado, porque venian entre el estruendo de las armas; dispuso que el Ayuntamiento de la capital levantara tropas de infantería, caballería y artillería, cuyos soldados eran llamados distinguidos de Fernando VII, teniendo por gefe al virey, y á semejanza de ellos se formaron despues los fieles realistas, é hizo marchar al conde de la Cadena á reunirse con el brigadier Calleja que levantó tropas y salió de S. Luis Potosí. Los avances de los insurgentes en Guanajuato, Valladolid y Toluca y su aproximacion á México, alegraron á los independientes y espantaron á los europeos, siendo el odio entre ambos inestinguible por los insultos que mutuamente se prodigaban. La derrota que el 29 de Octubre sufrieron, en el Monte de las Cruces las fuerzas realistas mandadas por Trujillo, llenó de incertidumbre á Venegas que situó la guarnicion de la capital en el Paseo de Bucareli, pero se tranquilizó al observar que los insurgentes, al mando de Hidalgo, Allende y Aldama, respetando á la matrona secular, cuya influencia moral sintieron, se retiraban sin exigir otros dones á la fortuna que en revancha se les volteó.

El no haber avanzado los insurgentes hizo creer á los españoles que las tropas de Trujillo habian triunfado, y mas aún por haber mandado el virey grabar una medalla que recordara el hecho. En la tarde del dia de Todos-Santos se presentaron en la garita de Belen dos oficiales parlamentarios enviados por Hidalgo, quisieron entregar al virey un pliego que rechazó insultándolos y ningun otro esfuerzo fué hecho por el caudillo, que se retiró á Querétaro disgustado con Allende que no aprobaba tal conducta. Ya entonces Calleja con actividad prodigiosa se habia reunido en el pueblo de Dolores con la tropa que mandaba el conde de la Cadena, llegando el total de sus fuerzas á mas de siete mil soldados y se dirigió á Querétaro con intencion de avanzar á México, entrando á aquella poblacion el 1º de Noviembre; salido de ella el 3 se encontró en Arroyozarco con una partida de Hidalgo á la que hizo algunos prisioneros por los cuales supo que el caudillo se hallaba en San Gerónimo Aculco, á donde lo encontró el 7 de Noviembre dándose una memorable batalla que duró solamente una hora, en la que perdieron los insurgentes equipajes, coches y dos cañones quitados al coronel Trujillo en el Monte de las Cruces. Cayeron en poder de los vencedores muchos insur-



gentes y algunos soldados de los cuerpos realistas que se habian adherido á la insurreccion y quintados sufrieron la muerte, yendo los demas á presidio por diez años.

Disgustados los dos principales caudillos de la revolucion, Hidalgo y Allende, se dirigieron uno á Valladolid y el otro á Guanajuato, dando á Venegas con esa desunion mayor esperanza de vencer que la que le ofrecieran las armas, y con ella activó el envío de recursos á Calleja que se quedó en Querétaro esperándolos para dirigirse al interior por donde ya estaba completamente estendida la revolucion. Entre las poblaciones en que mas estragos hizo se cuenta Zacatecas, abandonada por los vecinos ricos que la consideraron incapaz de defensa y quedó entregada al pueblo que estuvo á punto de matar á D. Angel Abella, quien mas tarde fué comisionado para instruir las causas de Hidalgo y Allende. El intendente Rendon amenazado por la multitud, delegó el mando en el conde de Santiago, y se marchó á Guadalajara á donde entró preso por haber caido en manos del guerrillero Camarena. Amenazada Zacatecas por Iriarte fué enviado el Dr. Cos á conferenciar con él, para que averiguase si la guerra que hacia salvaba los derechos de religion, rey y patria, si se ceñia á solo la expulsion de los españoles y qué excepciones admitia. Este suceso fué comunicado á Venegas, quien vió en todo ello adhesion del conde al partido insurgente y prometió que le castigaria. San Luis Potosí, donde Calleja habia dejado una corta guarnicion, fué entregado á los insurgentes por dos legos de San Juan de Dios y el oficial de lanceros D. Joaquin Sevilla. Este franqueó armas y municiones y reunidos los conjurados sorprendieron el convento del Carmen abriendo la puerta un lego al oír que pedian confesion; estraidos de ahí los presos y armados pasaron todos á sacar los de la cárcel y atacaron el cuartel de artillería donde tomaron diez piezas de batalla. Encontraron algunas resistencias aunque parciales, haciéndoles fuego de las casas de españoles, y habiendo pedido el insurgente Iriarte que se le permitiera entrar á la poblacion para que estuviesen reunidas todas las fuerzas, hizo otra asonada al grito de «mueran los traidores» y con la chusma que llevaba saqueó la ciudad, aprehendió y despues libértó á los legos y dejó á San Luis con pretexto de ir al socorro de Guanajuato.

Guadalajara, considerada por Venegas el centro de sus operaciones en el interior, tambien habia sucumbido á la revolucion teniendo que capitular rodeada por cincuenta mil insurgentes, cayendo prisionero el intendente Abarca. Destruidas las fuerzas mandadas por el oidor Recacho y D. Tomas Villaseñor, enviaron las corporaciones de esa ciudad á los insurgentes comisionados para ajustar la entrega pacífica y el 11 de Noviembre entró á ella el gefe insurrecto D. José Antonio Torres, labrador de San Pedro Piedra-Gorda, que cumplió religiosamente las capitulaciones, y llamó á Hidalgo que se presentó el 26 del mismo mes, llevando por secretario al Lic. Rayon, suavizando algo la posesion de plaza tan importante el dolor de la pérdida en Aculeo. El cura Mercado avanzó sobre Tepic y S. Blas que tomó por capitulacion. Otra expedicion marchó á Sonora al mando de D. José Gonzalez Hermosillo, siendo intendente de la provincia D. Alejo García Conde, quien derrotó á los insurgentes. Entretanto Venegas enviaba recursos á Calleja para que continuara la organizacion del ejército con que habia de avanzar sobre Guanajuato, lo que ejecutó desde el 15 de Noviembre mediante una marcha lenta, aguardándole Allende en esa ciudad, en cuyas alturas habia dispuesto fortificaciones supliendo con artillería la falta de fusiles, hizo preparar varias minas en la cañada del Marfil para que estallaran al paso del ejército realista, y llamó al pueblo á las armas por medio de los eclesiásticos; pero derrotados los insurgentes en la

primera línea y despues de haber forzado sus contrarios las baterías de las alturas, acercándose la noche, tomó descanso la tropa de Calleja ya muy fatigada.

Esparcida en Guanajuato la noticia del avance de los realistas, un mulato llamado Lino, natural del pueblo de Dolores, salió por las calles y plazas invitando al pueblo para ir á la Alhóndiga á matar á los españoles que allí estaban presos, en cambio del degüello que dijo iba á ejecutar Calleja. Deseosa la plebe de vengar tanta afrenta que desde tiempos lejanos recibiera, abrazó la proposicion del mulato y arrojándose en gran número sobre la Alhóndiga, arrolló á la guardia hiriendo á los que la componian y al comandante de ella D. Mariano Liceaga, y forzado las puertas dió muerte á la mayor parte de los presos, sin que nada valieran las súplicas del cura y varios clérigos y frailes que acudieron á aquel horroroso lugar, donde quedaron mas de doscientos cadáveres que fueron desnudados; algunos presos que pudieron salvarse se refugiaron en el inmediato convento de Belen. En aquella luctuosa noche reinó profundo silencio interrumpido tan solo por Allende á las tres de la mañana al disparar un cañonazo, que le fué contestado por otro de las fuerzas del conde de la Cadena, y despues de las siete siguió el fuego muy vivo hasta que á las ocho y media movió sus fuerzas Calleja y arrollaron á las de Allende que se habia retirado sin ser perseguido; ya dueños de la ciudad cometieron los realistas á su vez crueldades espantosas, entraron tocando á degüello; aprehendieron á muchas personas respetables, levantaron horcas en varias de las minas principales, en la plaza mayor y enfrente de Granaditas, y en ellas fueron colgados muchos de los aprehendidos, aun los que tan solo eran simples espectadores, y eran diezmados los presos por medio de un juicio hecho por un oficial acompañado del escribano, salvándose algunos que tenian dinero ó influencias. Toda una noche duraron las ejecuciones á la siniestra luz de los ocotes, conduciendo los cadáveres en burros dispuestos para el caso; tambien muchos fueron fusilados, y se contaron entre las víctimas personas de suposicion como D. Casimiro Chovell, D. Ramon Favié y D. Ignacio Ayala, D. Juan Antonio Gomez, D. Rafael Dávalos y D. José Ordoñez. Las matanzas continuaron hasta el día 29 en cuya tarde fué publicado el indulto. Venegas aprobó la conducta de Calleja, y llamó justa la determinacion de que las tropas entraran á sangre y fuego, mostrando con tal conducta la dureza de su carácter, estando conforme tambien con las severas disposiciones sobre reuniones ó conversaciones sediciosas.

Allende huyó para Zacatecas á unirse con Iriarte que llevaba una buena division y de allí marchó á Guadalajara á incorporarse con Hidalgo, dando despues, contra su parecer, la famosa cuanto lamentable batalla de Calderon, habiendo obtenido los recursos de S. Blas; ejerciéronse antes injustificables represalias de los sangrientos hechos de Guanajuato, verificándose actos de igual naturaleza en Aguascalientes por las tropas de Iriarte. Venegas recibió los trofeos de guerra que le envió Calleja y arregló con éste el plan de campaña sobre Guadalajara, confirió grados á los oficiales para estimularlos al combate, y medallas á las tropas que vencieran á los insurgentes, obsequiando en esto las indicaciones de Calleja, que primero fueron aplazadas; el virey señaló la parte que en las operaciones habia de tener el brigadier Cruz, acabado de llegar de España, de un carácter duro y cruel, irritado con las excitaciones de Venegas que le impulsaba á la matanza y al esterminio y que aumentó su brigada con las fuerzas de Trujillo, asociándole el anciano brigadier D. García Dávila. Varias alternativas sufrió la causa de la independencia atacada siempre con energía por Venegas, á quien favoreció la fortuna,



pues el refractario Elizondo traicionó á los principales caudillos de ella, apresándolos en las Norias de Bajan, aunque el gusto se disminuyó por la aparición de Morelos en el palenque de la revolucion.

En recompensa de los auxilios que á la causa realista prestó el obispo de Puebla, Campillo, fué agraciado con la Gran Cruz de Carlos III, y por entonces los europeos se afanaron en prestar servicios siendo uno de los mas entusiastas D. Bernardo de Andrade, subdelegado del partido de Copala, quien propuso á Venegas como recurso extraordinario abrir un empréstito de veinte millones de pesos fuertes para ofrecérselos al que entregara la cabeza de Napoleon, suscribiéndose Andrade desde luego con quinientos. El fiscal de lo civil á quien la Real Audiencia dió vista del proyecto, opinó que no debía adoptarse por varias razones, una de las cuales era que reprobaba el derecho de gentes los asesinatos de los soberanos, recordando el caso de que hallándose Fox á la cabeza de los negocios de Inglaterra, léjos de patrocinar la empresa que le propuso un ingles de pasar á Francia á matar á Napoleon, dió aviso á éste. No obstante tal parecer, Venegas acogió el proyecto y lo participó á la Regencia recomendando su consideracion.

El virey aplaudió mucho el comportamiento del indígena tlaxcalteca Tomas Altamirano, quien no solo expidió proclamas contra la insurreccion, sino que aprehendió á emisarios que enviaron los insurgentes, en lo que tomó parte el Ayuntamiento de la ciudad. El tribunal de la Inquisicion no descansaba, pues habiéndole presentado un manifesto del cura Hidalgo, impreso en Guadalajara y otros dos manuscritos, determinó de acuerdo con Venegas que se quemaran en la plaza mayor de la capital por mano del verdugo, y por bando se prohibió la lectura de los citados papeles que habian de ser entregados á la autoridad. Por la parte de los Estados-Unidos abrigaba Venegas fundados temores habiendo sorprendido y tomado los habitantes de Baya-Sarah en número de doscientos el atacado fuerte dependiente de Panzacola, llamado Baton-Rouge, quedando prisionero el gobernador interino D. Carlos de Lanus y muertos los oficiales D. Luis Grand Pré y otros cuatro que cumplieron con su deber. Publicaron los invasores una exposicion echando en cara al gobierno español la debilidad en que se hallaba para proteger las vidas y haciendas, declarando solemnemente que los diversos distritos que formaban la Florida occidental, componian un Estado independiente y libre con derecho á establecer por sí mismo la forma de gobierno que juzgaran conveniente, concluir tratados y celebrar todos los actos de una nacion independiente. El 21 de Noviembre de 1810 dió cuenta al virey de lo que pasaba el comandante Salcedo, pidiendo recursos por la vía de Veracruz á Matagorda. Los revolucionarios de Baton-Rouge, que lograron su objeto de incorporarse á los Estados-Unidos, ya tenian preparado el camino por los trabajos del coronel Burr y sus secuaces. El vice-cónsul español en Nueva-Orleans, D. Diego Murphy, participó desde luego á Venegas que habia indagado por un sugeto de su confianza, que se preparaba una expedicion en Baton-Rouge contra la Mobila y Panzacola, concediendo el gobierno americano á cada individuo que se alistara en ella, cien medidas de tierra y los gastos necesarios para su servicio. En las Floridas era imposible contener á los rebeldes y lo mas que hizo Venegas fué pasar oficio al gobierno americano reclamando el que no tomara parte en la agresion.

Al sufrir los caudillos de nuestra independencia los golpes sucesivos de Aculeo y Calderon, habian determinado enviar un agente á los Estados-Unidos con el carácter de ministro plenipotenciario, para establecer una alianza y buscar en ella recursos con que llevar adelante sus proyectos; el agente Letona fué aprehendido á los pocos dias y

murió, segun cartas de Venegas, de un ataque apoplético que le originó el mal éxito de la empresa. Venegas temió que otro reemplazara al citado agente y dictó providencias para evitarlo, participando todo lo ocurrido al ministro plenipotenciario D. Luis de Onis. Tambien procuró auxiliar al gobernador de la Florida, D. Vicente Folch, para que se precaviera contra las intenciones de los norte-americanos que le comunicó el vice-cónsul español en Nueva-Orleans, y en consecuencia remitió cien mil pesos en la goleta «Proserpina;» para reunir esa cantidad tuvo que hacer un esfuerzo supremo, pues no solo estaba revuelto el interior, sino que San Blas caia en poder de los insurgentes, trasladándose á Acapulco todos los europeos que estaban en aquel puerto, en los bergantines «San Carlos» y «Activo,» habiendo llegado en éste el obispo de Guadalajara D. Juan Cruz, Ruiz Cabañas, con sus familiares y muchos empleados civiles, entre ellos el oidor D. Juan José Recacho, por el cual supo Venegas las batallas del 3 y 4 de Noviembre dadas en la Barca, cuyos sucesos ignoraba. Acapulco y Veracruz estaban amagados y hasta en el mar sufrieron desastres los bienes del erario, acaeciendo un fuerte temporal en la noche del 29 de Diciembre, en el cual se perdieron algunos buques.

Venegas no creyó oportuno recibir la Gran Cruz de Carlos III con que le condecoró la Regencia, y dictó providencias activas y oportunas para que los norte-americanos no sembraran la discordia ni fomentaran el desorden en las colonias españolas; tenia proyectado, luego que consiguiera la pacificacion de Nueva-España, reforzar las provincias internas y acercar algunas tropas á los límites de los Estados-Unidos, segun le proponia la Regencia. Uno de los agentes mas notables de Napoleon residentes en aquella república en 1811 fué M. Jayme D'Amblimont, contra el cual tomó disposiciones Venegas, de acuerdo con D. Luis de Onis. D'Amblimont pasó de Francia á los Estados Unidos con instrucciones muy particulares y reservadas de Napoleon; contaba para sus proyectos con la ocupacion de la Florida por las tropas confederadas, y trasladarse de Filadelfia á Nueva-Orleans, desde donde comunicaria sus órdenes á otros agentes que le estaban subalternados, encargados de infiltrar en las provincias hispano-americanas el amor á la independencia de todo gobierno europeo. Traia el emisario frances órdenes para encargar á personas de su confianza el reconocimiento del terreno y el levantamiento de planos donde estuvieran señalados los caminos mas cortos y convenientes para pasar de Nueva-Orleans á México; un estudio semejante habia de hacer con relacion á la Habana é interior de la isla de Cuba, donde así como en Nueva-España habia de aumentar el número de agentes secretos con pasaporte y naturalizacion de los Estados Unidos, tendiendo todos á propagar la idea de que convendria á la América aclamar el protectorado de Napoleon, ofreciendo á las masas la mejoría de su condicion y á las clases elevadas un brazo poderoso contra la demagogia; la correspondencia entre los emisarios se hacia en cifras y para leerlas se halló á veces la clave y otras no. Otro emisario notable fué M. Greffé. Tambien de la América del Sur, principalmente de Caracas, llegaban á Nueva-España proclamas salidas por Cartagena.

Atenta la Junta de seguridad pública á cuanta sospecha se le infundia, envió á España bajo partida de registro á D. Juan Estéban Bracho, comerciante recién llegado de Europa, tachándolo de adicto al gobierno intruso, é invitada por Venegas, puso la vigilancia sobre José Ixtolinque, cacique de Coyoacan, que habia ido á España á pedir justicia y á quien Azanza, ministro del rey intruso, dió dinero para volver á México. Se abrió un juicio porque unas certificaciones de la curia de Puebla vinieron en papel cuyo sello decia en el círculo: José Napoleon I, por la gracia de Dios rey de España